

Interpretando el Puerto Rico indígena, 50 siglos de continuidad, pluralidad, interacción y divergencias

Miguel Rodríguez López, Arqueólogo
Universidad del Turabo
Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe
migrodlop@gmail.com
Tel. 787-487-5069
(Ponencia presentada en APH Octubre 2015, Vega Baja)

A veces escucho a los historiadores comentar la complejidad de nuestro devenir histórico en los pasados 5 siglos, que es el marco temporal que usualmente tenemos los puertorriqueños al querer definir los límites de nuestro desarrollo como pueblo. Pero para los arqueólogos, los que estudiamos la más antigua historia caribeña y puertorriqueña, existe también una historia precolombina, amerindia, prehispánica, o como la llama el colega Reniel Rodríguez Ramos, historia precolonial, la historia de los pueblos originarios, los que estaban aquí antes de la llegada de los europeos conquistadores a finales del siglo XV, que en el caso de Puerto Rico es por lo menos cinco veces milenaria, y que en el caso del Caribe es siete veces milenaria y que forma parte de la historia de nuestros pueblos, de nuestras primeras sociedades humanas que dejaron una huella visible y permanente en la formación de nuestras respectivas identidades.

La historia antigua que los arqueólogos queremos rescatar y reconstruir es por lo menos 10 veces más extensa que la historia de los historiadores. Y si ustedes se quejan, con sobrada razón, de lo escaso de las fuentes, de los pocos documentos existentes, de las grandes dificultades y tropiezos que tienen que sufrir los historiadores en su búsqueda de datos para analizar y reconstruir la historia, les invito a que piensen por un momento que los arqueólogos solo contamos con fragmentos de vasijas, osamentas humanas y de animales, artefactos de piedra, semillas secas, figuras talladas o pintadas en paredes de cuevas, muestras de suelo y alguno que otro fragmento de carbón para fechar.

Y es hacia este Puerto Rico arqueológico, subterráneo, y a los pueblos que lo habitaron, que quiero dirigir mis palabras en estos momentos. Considero que una nueva lectura de la historia de los pueblos precolombinos, de las llamadas sociedades originarias, puede ser de gran beneficio para incluso entender y aceptar las complejidades y pluralidades del Puerto Rico actual.

LA RECONSTRUCCION ARQUEOLOGICA DE LAS ANTIGUAS SOCIEDADES ORIGINARIAS

Como en otras islas del Caribe, la investigación arqueológica en Puerto Rico comienza a finales del siglo XIX como un rescate de objetos que testimonian un pasado histórico perdido y oculto

bajo la tierra, en cuevas y cavernas, o en colecciones privadas, tanto europeas como antillanas. Esta primera fase también atrae, para fines del siglo XIX y principios del XX, investigadores y arqueólogos, en su mayoría europeos y norteamericanos, pero también puertorriqueños aficionados como Adolfo de Hostos, Cayetano Coll y Toste, el naturalista Agustín Stahl y otros. Estos inician excavaciones y publicaciones de carácter científico bajo los auspicios de museos e instituciones prestigiosas de dichos países.

La interpretación que del mundo precolombino se presenta en esta primera etapa de la arqueología antillana está basada en la lectura de los cronistas, en las comparaciones etnográficas con otras regiones del Continente y en ejemplos del arte ceremonial Taíno de gran tamaño. Sven Loven, por ejemplo, en su libro “Origins of the Tainan Culture” publicado en Suecia en 1935, promovió y difundió la idea de una cultura taína homogénea y única, que ya había sido planteada por los cronistas de Indias.

Predomina en algunos de estos primeros arqueólogos un propósito clasificatorio tradicional. En otros un espíritu coleccionista e imperialista, ya que las piezas excavadas o rescatadas eran transportadas a los grandes Museos de Estados Unidos y a Europa, donde todavía se almacenan, y muy pocas se exhiben.

Hay que reconocer sin embargo, el importante legado y las publicaciones de Irving Rouse, Ripley Bullen y otros arqueólogos de la época que ayudaron a establecer los fundamentos de la arqueología científica en nuestra región.

El surgimiento en la segunda mitad del siglo XX, de una nueva generación de arqueólogos y arqueólogas, cambia radicalmente la visión precolombina de Puerto Rico y del Caribe. Se recrea su antigua historia, se excava y se promueve su riqueza cultural, se analizan sus sociedades y se valoriza su indiscutible contribución a la formación de nuestras propias identidades nacionales y regionales.

Surgen en las Antillas Mayores y en Venezuela figuras claves como don Ricardo Alegría, Marcio Veloz Maggiolo, Mario Sanoja, Iraida Vargas, Jalil Sued Badillo, Manuel García Arévalo, Luis Chanlatte Baik, Ernesto Tabío, José M. Guarch y otros que establecen las bases para la construcción de un nuevo Caribe precolombino inimaginable, mucho más dinámico y complejo, y ciertamente más relevante para nuestros pueblos. Así también surgen voces en las Antillas Menores, particularmente en las Antillas Francesas, que fueron vanguardia en este movimiento, como Edgar Clerc, el Padre Pinchón, Mario Mattioni, Jacques Petitjean-Roget, Desmond Nicholson y otros.

Estas figuras fundacionales organizaron instituciones, museos, centros de estudios y patrocinaron proyectos arqueológicos con otros profesionales y especialistas de Europa, los Estados Unidos y América Latina, donde la disciplina arqueológica tenía en ese momento un mayor desarrollo.

La moderna arqueología ofrece datos que permite intentar reconstruir el pasado lejano, mucho más atrás que la visión de los cronistas al momento de la Conquista. Pero no solo se trata de la recuperación metódica y sistemática de la cultura material de estos pueblos. También se analizan osamentas humanas, se reconstruyen dietas por medio de estudios zoo arqueológicos y paleo botánicos, se enfocan los aspectos tecnológicos de sus herramientas, se recurre al DNA mitocondrial para análisis genético, se ofrecen interpretaciones del carácter de sus sociedades y de antiguas creencias religiosas y tradiciones artesanales, todo ello para el disfrute de toda la población como herencia patrimonial.

Para poder entender la variedad y complejidad de los pueblos que habitaron los pueblos precolombinos del Caribe, incluyendo a Puerto Rico, voy a resumir algunos datos.

Veloz Maggiolo, por ejemplo, distinguido arqueólogo de reconocimiento mundial, reconstruye para la prehistoria de nuestros pueblos, un panorama social sumamente variado. En términos muy generales se describen unas sociedades tempranas, arcaicas, caracterizadas por un modo de vida recolector y cazador; luego ocupaciones proto agrícolas y agrícolas tempranas, seguido de grupos representados por sociedades tribales de tipo aldeano igualitario; y finalmente, para el momento más cercano a la conquista y colonización europea, sociedades agricultoras con modo de vida cacical. En este modelo las diversas configuraciones sociales pudieron haber convivido simultáneamente en una o varias islas, al mismo tiempo o en periodos diversos.

Desde el punto de vista cronológico los siete milenios de actividad humana en el Caribe, hasta el momento confirmados por fechamientos de carbono 14, han sido subdivididos por Rouse y otros arqueólogos, en cinco (5) grandes edades o periodos históricos. La más antigua es la llamada Edad Lítica, que comenzando para el 5,000 antes de Cristo, representa la primera migración humana al Caribe insular. Fueron bandas de cazadores y recolectores las que introducen la utilización y elaboración de artefactos de piedra tallada, y luego de piedra pulida en la región.

En Puerto Rico tenemos sitios arqueológicos como Maruca, en Ponce, Angostura en Barceloneta, y Puerto Ferro en la isla de Vieques, que fueron habitados por estas antiguas sociedades de la llamada Edad Lítica en su etapa final. Explotan a su vez zonas de manglares y nichos costeros y viven tanto en cuevas como en sitios abiertos. Se conoce que entierran de forma extendida sus difuntos. Recientes investigaciones del arqueólogo puertorriqueño Jaime Pagán apuntan a que fueron estos grupos los que introducen por primera vez al Caribe insular una gran cantidad de plantas que a su vez fueron cultivadas y utilizadas como alimento.

El segundo periodo es la llamada Edad Arcaica, y se estima que comienza para el 2,000 antes de Cristo. Estas activas sociedades caribeñas, llamadas también Meso Indias, amplían sus ajueres artefactuales para incluir herramientas de piedra tallada y pulida y de conchas de caracoles marinos.

La Edad Cerámica, representa el tercer gran periodo cronológico y cultural y comienza en el Caribe para el 500 antes de Cristo, con la segunda gran migración humana al caribe insular, de pueblos provenientes de las tierras bajas, y posiblemente también de la zona andina de América del Sur. Estos nuevos habitantes introducen la alfarería, de una calidad excepcional, y desarrollan al máximo las prácticas agrícolas. Mantienen extensas redes de intercambio con sus lugares de origen y otros confines para la obtención de materias primas exóticas en la fabricación de cuentas y amuletos. Los pueblos de la Edad Cerámica entierran a sus difuntos de forma flexada y con ofrendas funerarias.

Los arqueólogos, basados originalmente en el modelo propuesto por Irving Rouse clasifican estos grupos basados en las características de la cerámica que elaboraron estos grupos humanos, y los agrupan en de diversas maneras. Originalmente se organizaban estas culturas cerámicas en cuatro grandes series: Saladoide, Ostionide, Elenoide y Chicoide, y por lo menos 9 estilos locales. Los estilos Hacienda Grande y Cuevas para la Serie Saladoide; los estilos Ostiones Puro y Ostiones Modificado para la Serie Ostionide; estilos Monserrate y Santa Elena para la Serie Elenoide; y los estilos Boca Chica, Esperanza y Capá para la Serie Chicoide.

Luego Rouse incorporó el nuevo concepto de sub serie donde se agrupan algunas series, y entonces los agrupamos en orden cronológico, de la más antigua a la más reciente, estas son: las subseries Cedrosan Saladoid, Ostionan Ostionoid, Elenan Ostionoid y Chican Ostionoid. Al descubrirse los nuevos yacimientos de La hueca en Vieques y Punta Candelero en Humacao, se le añade una sub serie nueva al modelo, Huecan Saladoid y un nuevo estilo cerámico Estilo La Hueca, para un total de 10 estilos cerámicos para Puerto Rico. Algunos de estos estilos no son exclusivos para la isla, ya que algunos los comparte con otras islas.

Si pensamos que se trata de una gran diversidad de estilos para Puerto Rico, y que éstos a su vez representan importantes y perceptibles variantes socio-culturales, al contemplar la región del Caribe insular tenemos por lo menos cinco grandes series, pues se le añade la serie Mellacoide que no tiene presencia en Puerto Rico, seis sub series cerámicas que agrupan a su vez 70 diferentes estilos cerámicos locales, que por espacio de dos milenios caracterizan sus restos arqueológicos descubiertos desde la isla de Trinidad hasta las Islas Bahamas, pasando por las pequeñas y las grandes Antillas. La prehistoria de Puerto Rico cuenta con ejemplos de por lo menos cinco subseries – Huecan, Cedrosan, Ostionan, Elenan y Chican- y por lo menos 10 estilos locales.

Un factor importante en cuanto a la distribución geográfica de estos pueblos y culturas, es que las unidades culturales y sociales, no respondían necesariamente a los límites geográficos de las propias islas. Irving Rouse y otros, han establecido por ejemplo, que los estilos cerámicos asociados a las culturas Pre Taínas y Taínas, abarcan las costas opuestas de los canales y pasajes marítimos que dividen las propias islas.

Esta división cultural no necesariamente responde al modelo de naciones-islas, que con la excepción de La Española, impera actualmente en el resto de las grandes Antillas. Sin embargo, posiblemente por razones muy similares, reminiscencias de dicho fenómeno siguen presentes, aunque no con la misma intensidad, entre las actuales sociedades y culturas caribeñas. Podemos señalar por ejemplo la estrecha relación de los viequenses con las Islas Vírgenes, así como la del este de la República Dominicana con el oeste de Puerto Rico.

Expertos que han estudiado las lenguas que se hablaban en el Caribe antiguo, también proyectan un complicadísimo panorama, incluso dentro de cada una de las grandes islas. Los arqueólogos Granberry y Vescelious, se basan en los escritos, particularmente de las Casas y Pané, para proponer cuatro lenguas principales al momento de la conquista: Taino, Eyeri/Kalíphuna, Macorís y Ciguayo, pertenecientes a su vez a tres familias lingüísticas: Arawakan, Waroide y Solana. Al menos dos de esas cuatro lenguas están divididas a su vez en dialectos regionales, por lo menos en La Española: la lengua Taina en dos: Taino Clásico y Taino Ciboney; y la lengua Macorís en tres: Alto Macorís, Bajo Macorís y Guanahatabey.

Las divisiones políticas dentro de las islas eran mucho más complejas que lo que jamás imaginamos. Así lo establece la complejidad de culturas, estilos, series y sub series cerámicas, así como la cantidad de sitios precolombinos descubiertos e identificados por los arqueólogos en nuestras islas. Por ejemplo en Puerto Rico existe un registro de casi 2000 yacimientos precolombinos. Los documentos de la conquista, bien estudiados y analizados, también lo confirman.

En su estudio titulado “Los Cacicazgos de la Hispaniola” el estudioso Bernardo Vega asegura que, de acuerdo al extraordinario mapa y descripción de 1508, del piloto y geógrafo Andrés Morales, y la información que este suministró en 1514 a Pedro Mártir de Anglería, La Española estaba dividida para el 1492 en 5 provincias principales y por lo menos 53 sub regiones: Caizcimú con 12 sub regiones; Caihabo con 8; Bainoa con 24; Guacciarima con 6; y finalmente Hubabo con 3.

Creo que con algunos ejemplos he podido establecer mi hipótesis, que también ha sido la de muchos otros colegas antillanos y caribeños. El Caribe precolombino, al igual que el Caribe de la conquista y colonización, y el Caribe de las formaciones nacionales, y hasta el presente Caribe del siglo XXI, guardan una similitud asombrosa en cuanto a la complejidad, diversidad e interacción de sus pueblos, etnias, culturas y lenguas. La arqueología, junto con la historia, la literatura, la sociología y la antropología, es una herramienta fundamental de estudio que no puede subestimarse.

UNA NOTA FINAL

No quiero pasar por alto el surgimiento desde hace algún tiempo, de una comunidad profesional arqueológica preparada, joven y activa, que se mantienen al tanto de lo que ocurre en cada uno de los confines de la región. El internet y las redes cibernéticas facilitan ese intercambio de datos y de la publicación de informes que enriquecen la disciplina arqueológica. Debemos promover más estudios conjuntos y más encuentros de carácter regional. En esta mesa hay dos jóvenes arqueólogos, de los mejores en el Caribe, que son ejemplo de estos nuevos investigadores dedicados plenamente a su quehacer profesional, y en el público hay muchos otros más.

En cuanto a la preparación académica de futuras generaciones de arqueólogos, es notable la cantidad de jóvenes puertorriqueños que se han graduado o que están inmersos en programas graduados en prestigiosas universidades de México, Estados Unidos, Inglaterra y España. La creación de un programa graduado de Arqueología en este Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe también contribuye a llenar en parte la necesidad de arqueólogas y arqueólogos profesionales, no solo competentes desde el punto de vista académico, sino comprometidos con la defensa y la protección de nuestro patrimonio cultural. Como Rector me siento orgulloso de nuestra facultad, los jóvenes y otros no tan jóvenes, graduados de universidades como Cornell, UNAM, Complutense, Moscú, La Habana y el propio Centro.

Quiero reconocer también la existencia en Puerto Rico y en otras regiones del Caribe, de vigorosos movimientos que promueven entre sus miembros y en sectores de la población, una indiscutible identidad indígena Taina, fomentando el rescate de nombres, costumbres, creencias y hasta de una real herencia genética amerindia. No es una moda pasajera y creo que debe ser interpretada como una acción de afirmación caribeña.

En Puerto Rico estos grupos, muy numerosos, por cierto, han sido vanguardia de lucha por el rescate y la protección del patrimonio cultural y de los recursos naturales del país, colaborando en ocasiones con los arqueólogos en sus investigaciones.

A manera de conclusión quiero dejar claro que si hay algo que nos define como puertorriqueños caribeños es precisamente esa aventura en el tiempo y en el espacio que comenzó hace por lo menos siete mil años y que quizás nunca terminará. Es la ruta, el viaje que cada pueblo recorre, así como los caminos que se interceptan a lo largo de la historia lo que verdaderamente nos caracteriza como pueblo.

Muchas gracias.

